

## MEMORIAS DE LO OLVIDADO

# El cofre y los aburridos libros del abuelo

*Simeón Rizo C.*

Mientras caminaba pensaba en lo que debía hacer.

Voy a otro lugar, Jinotega por ejemplo, para examinar el contenido del cofre o me quedo en la casa de mi primo para abrirlo con él. Daniel me apuraba. Al fin llegamos, total estábamos a un paso. Fuimos directo al corredor donde estaba la mesa de comer y puse mi carga encima. Daniel me presionaba para que abriéramos el cofre.

Al fin le dije, hombré, me voy a quedar para que juntos lo examinemos todo; hasta que no termine, no me iré, pero, antes vamos a tomar algo pues tengo seca la garganta y ya son casi la once de la mañana.

Nos fuimos a la cocina a pedirle a la Petrona un fresco de naranja, sin azúcar, con un poco de sal y vainilla; entonces me percaté que tenía la garganta muy seca y el mal sabor y aliento ácido que produce la liberación de la adrenalina.

Después de nuestros comentarios, de reír por nuestra prisa y de lo feliz que hicimos a la Imeldita al relevarla de su obligación, nos regresamos al comedor, ya sin sed, a ver lo que contenía el bendito baúl que reposaba sobre la mesa.

El recuerdo para mí, en ese momento, fue para la pobre Imeldita, ese fue su último momento de existencia para nosotros.

Creo que hasta ahora nunca volvió a pasar por mi mente su persona. Indudablemente que nosotros existimos mientras ocupamos un lugar en la memoria de alguien. Efímera vida de mosquito.

El baúl, no muy grande, forrado de cuero crudo tenía un color ambarino de la vejez y el olor picante que produce la polilla, séptima escuadra en la descomposición orgánica. Una trencita del mismo cuero hacía la gasa donde se podía poner un candado.

De repente el baúl se me volvió misterioso pero tranquilo, entregado a una suerte esperada. La razón de su ser llegaba a su fin y como todo final se arropaba de melancolía.

Estaba como esos aparejos destartados que sirvieron a mulas cargueras y que reposan en las esquinas de las bodegas o corredores de casa de finca vieja.

Gritos de arrieros, rebuznos, ruidos de carga los envuelve, en un espacio cubierto de tiempo ya pasado y viviendo en la nostalgia de lo vivido.

Llenos de polilla esperan que alguien los bote o los tire al fuego para desaparecer para siempre jamás.

Lo primero que se me vino a la mente fue pensar a qué vaca, buey o novillo perteneció ese cuero; alguna vez fue ternero, mamá, retozó, a lo mejor dio leche si fue vaca, tiró carretas si fue buey, se reprodujo si fue toro, y quien tiene memoria de la existencia de ese ser.

Ese animal tuvo vida, como nosotros, y hoy esa vida sólo es un cuero viejo, ni siquiera completo, un pedazo de cuero solamente.

Estas reflexiones las hacia en voz alta.

Mi primo me miró extrañado, arrugó el entrecejo y me dijo seriamente: déjate de babosadas y abrí ese chunche.

Medio molesto le dije: Parece que la filosofía no es tu fuerte; -ni la tontería-, me replicó.

No obstante, a pesar de la lección de pragmatismo, todavía pienso que la historia de vida de ese cuero es tan inexistente como fue la vida de la Imeldita durante tantos años.

¿En dónde estará escrita la historia de la vida?

¡Ay... olvido... puñal con que la memoria sacrifica a sus víctimas.!

Con cuidado solté la gasa, levanté la tapa y me asomé al

contenido.

Que bueno, pensé que no estaba forrado, me imaginaba que lo estaría de algún raso azul, pero no, y eso quizás lo salvó de la polilla. Era cuero crudo por dentro igual que por fuera.

Lo primero que me saltó a la vista fue un libro de pasta dura, color café oscuro pringado de negro, al abrirlo aparece titulado:

Tratado de Cirugía Clínica, por P. Tillaux. Catedrático de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de París, Miembro de la Academia de Medicina, Cirujano del Hospital de la Caridad. Traducida, Revisada y Anotada de la Primera edición francesa por el Dr. León Cardenal, Catedrático de Patología y Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Madrid, abajo decía, Salvat Editores, 1897, calle Mallorca 220, Barcelona.

Está claró que al abuelo le gustaba la cirugía dijo mi primo; además agregué, como su profesor fue el Dr. Roberto Sacasa, que estudió en Francia, usaban libros franceses.

Pensé en voz alta, en realidad mi abuelo fue más odontólogo que médico aunque para vivir, al estilo que le gustaba, creo que usaba más el comercio. Ante la mirada reprobatoria de mi primo tuve que decir, no quiero decir que fue un comerciante de la medicina.

Me llamó la atención el próximo libro que encontré.

De tapa dura, gris verdosa y medio despegado el lomo.

Al abrirlo en la primera hoja, a mano izquierda y protegida con papel de cebolla aparecía la litografía de un ídolo. Un hombre abrazado por detrás por un animal, un lagarto, parece; lo tomaba de los hombros con sus patas delanteras y con las traseras le envolvía la cadera.

Me pareció igualito a uno de los que estaban en el patio de

ídolos del Colegio Centroamericano en Granada.

La litografía era a colores y decía al pie: Idols at Pensacola, Plate III.

Tenía impreso un sello de agua, ovalado, con la siguiente leyenda: Royal College of Surgeons, en el centro, Library y al inferior In Ireland.

Cuando levanté el papel de cebolla me encontré el título del libro.

Con susto leí: Nicaragua: Its people, scenery, monuments. An the proposed Interoceanic Canal. With numerous original maps an illustration. B y E. G. Squire. Late charge d'affaires of the United States to the Republic of Central America.

En letra pequeña una cita en latín: "Hic locus est gemini janua vasta maris" Ovidio. In two volumes, vol.II.

Abajo y lo que llamó mayormente mi atención fue la fecha: London: Longman, Brown, Green, and Longmans 1852.

Estaba ante un ejemplar de la primera edición del libro más famoso que se escribió sobre Nicaragua en el siglo XIX.

Realmente me sorprendió encontrar, en el baúl del abuelo ese libro.

Nunca lo imaginé. Antes de reponerme de la sorpresa y como me había quedado estático observando el libro, la voz de mi primo me despertó.

Veamos que más hay dentro, me decía, ese sólo es un libro viejo y encima está medio roto.

Allí encontré la clave del porqué se había salvado de la procesión de parientes y descendientes que habían pasado por la casa de abuelo buscando recuerditos. No supieron lo que ese libro significaba y costaba.

Me imagino que lo habían visto por encima, escrito en inglés, viejo, medio destruido, habrán pensado que no servía ni para envolver cajetas de la pulpería. *Continuará...*